

NO DISPAREIS CONTRA EL INTELECTUAL*

GENEVIEVE GENNARI

Conocer es un destino trágico
Emmanuel Mounier

LA inteligencia reviste tantas formas que nadie está totalmente desprovisto de ella y resulta, como el buen sentido, la cosa mejor repartida del mundo. En tal sentido no es necesario defenderla. Sobre todo porque todo el mundo se cree inteligente con justo título (o casi).

El "intelectual", por el contrario, no tiene buena reputación. La palabra se emplea generalmente con un cierto matiz peyorativo que se aplica al filósofo huraño o a la escritora excéntrica y enturbantada; al estudiante demasiado cerebral o al erudito obsesionado; al especialista estrecho o al idealista político. El intelectual, cualquiera que sea la categoría a que pertenezca, aparece como un ser que piensa en lugar de vivir, en lugar de actuar. En todos los casos lo que se condena es el elemento abstracto, especulativo, razonado, de la inteligencia, en nombre de lo humano, de lo instintivo y de lo concreto: y, para ser sinceros, él mismo usa a veces el término "intelectual" como un insulto.

Pero aparte del insulto, la misma definición del término se presenta difícil, como lo demuestra el informe reciente del diálogo de Royaumont del que el autor parece deducir esta única e irónica conclusión: "El intelectual es el único capaz de interesarse por la definición del intelectual".¹

Pero André Malraux ha dicho: "El intelectual no es solamente aquel que necesita los libros, sino todo hombre para el que una idea, por elemental que sea, define y ordena la vida".² Definición que concede un lugar especial al escritor definido o al filósofo, pero que incluye la investigación espiritual, la inquietud metafísica, la pasión social, la moral personal, y que excluye a mucha gente elemental y superficial-

* Tomado de la Revista *Espirit* (Mayo, 1960). Traducido por Alfredo Matilla.

¹ Jaen-Paul Weber: "Para una zoología del intelectual", *Le Figaro littéraire*, 26 de diciembre de 1959.

² "Les noyers del Átenburg".

mente culta, ya que lo que importa es definir o "comprometer" la vida. Como Malraux, Koestler insiste sobre la vida, tratando de definir la "intelligentzia": "Son personas que establecen una relación entre la forma en que vivimos y la forma en que debiéramos vivir".

"Intelligere", comprender, nos enseña la vieja etimología. Seamos modestos; hoy, la inteligencia puede ser sencillamente el esfuerzo, la voluntad de comprender. El intelectual lleva esa voluntad a su grado más alto, la convierte en su oficio y yo quisiera definir así al intelectual "aquél que tiene por profesión la búsqueda de la verdad".

*

La confusión de que es víctima el intelectual proviene, en primer lugar, del hecho de que está extraordinariamente aislado en su búsqueda; el público no le sigue o ha dejado de seguirle. No es extraño que se le acuse de estar separado de la vida: son los demás —la inmensa mayoría del público— los que le empujan a la soledad. Probablemente había más aristócratas ilustrados en el siglo XVIII viviendo del pensamiento de Rousseau, y más espíritus apasionados por asimilar el de Nietzsche, en el siglo XIX, que personas cultas hoy, que simplemente "sigan" la marcha del pensamiento actual. El desarrollo de los medios de difusión del pensamiento ha dado este paradójico resultado: actualmente la inteligencia está en barbecho para la mayoría, culta o no, que posee una buena disposición natural pero que no realiza el necesario esfuerzo para dar a la materia bruta de su inteligencia la levadura, el fermento, el catalizador de un mecanismo propiamente intelectual. O, en contra de la creencia general, es ese mecanismo y solamente ese mecanismo el que, al desencadenar la primera pregunta (de la que todo se deriva) "¿qué es la verdad?", asegura al pensamiento un mínimo de objetividad, le proporciona una nueva dimensión, y le permite desarrollarse armónica y no anárquicamente. Pero la inteligencia, demasiado solicitada y superficialmente abastecida, es estéril en la mayoría de las gentes; tierra inculta, sin explotar, donde todas las semillas sembradas abortan, faltas de cuidado. Incluso para aquellos que conocen, leen o citan un poco de Sartre o de Huxley, de Jung o de Teilhard de Chardin, las fórmulas claves de nuestra época —tránsito de la era neolítica a la era planetaria, descubrimiento del inconsciente colectivo y redescubrimiento del inmenso margen irracional del mundo, retroceso del racionalismo cartesiano, cambio de la culpabilidad humana ante Dios en responsabilidad total ante el hombre, conflicto entre el Yogi y el Comisario, aceleración del famoso enlace "espacio-tiempo" —no son otra

cosa que fórmulas. ¡Todo el mundo habla, pero nadie vive! Y el abismo se ahonda cada día, pese a las apariencias, entre el sabio y el público atiborrado de "ciencia-ficción"; entre el Premio Nobel de literatura y sus lectores; entre la minoría pensante o actuante y los espectadores de la televisión.

El fenómeno es bien conocido. Ya hace quince años Arthur Koestler subrayaba la distancia que separa al pensamiento, de la vida; a un descubrimiento, de sus aplicaciones prácticas; y al nivel de los "conocimientos objetivos", o de su "asimilación por el público": La conducta social es más apática que el pensamiento. Siempre hay un enorme abismo entre nuestros hábitos colectivos de vida y nuestro equipaje científico, artístico, técnico. Hacemos la guerra, vamos a la iglesia, honramos a los reyes, seguimos a los regímenes criminales, nos adaptamos a los tabús sexuales, convertimos a nuestros hijos en neuróticos, hacemos un drama de nuestros matrimonios, oprimimos y nos dejamos oprimir... y al mismo tiempo se encuentran en nuestros manuales y en nuestros museos los conocimientos objetivos de una manera de vivir que no pondremos en práctica hasta dentro de decenas de años o aun de siglos. En la vida cotidiana todos actuamos como caricaturas del hombre que podríamos ser. *La distancia entre la biblioteca y la alcoba es astronómica.*³

¿Astronómica la distancia que separa la vida del pensamiento? ¡Aún peor! Ya que la distancia supone necesariamente un camino... Y no existe camino alguno entre el pensamiento agudo, apasionado, de un espíritu grande y el pequeño momento de la vida pasiva que le consagra la inmensa mayoría de sus lectores o de su público. No hay camino entre el intelectual aguijoneado por los puntos dolorosos de la búsqueda de una verdad y una masa que se cuida meticulosamente de la discusión de las verdades corrientes. Los parisienses no van a "Les Séquestrés d'Altona" para reflexionar sobre los problemas de la responsabilidad humana o sobre el horror de las dictaduras. Los franceses no acuden a ver "Hiroshima, mon amour" para plantearse interrogantes sobre las posibilidades de una nueva estética y sobre el "Tiempo recommencado". Los americanos no buscan en "Lolita" el aspecto moderno del mito de Tristán—el amor prohibido y mortal que encuentra la antigua culpa y el peso del tabú gracias al cambio del banal adulterio en el menos banal entretenimiento de la nínfula. Cuando las gentes se preguntan unas a otras "¿Ha ido usted a ver tal espectáculo? ¿Ha leído usted tal libro?", la pregunta significa "¿Ha hecho usted el sacri-

³ Le Yogi et le Commissaire (el subrayado es mío). Es interesante señalar que Albert Camus parece haber dicho exactamente lo contrario: "La historia corre mientras el espíritu medita." Pero habla explícitamente del pensamiento político que normalmente va detrás de los hechos.

ficio que exige el rito?" y de ninguna manera "¿Qué progreso ha hecho usted en el conocimiento espiritual, moral o intelectual?" Confusión fundamental sobre la que volveré luego, comparable a la que separa a un verdadero espiritualista de un simple practicante (cuando éste pregunta "¿Fue usted a misa esta mañana? Yo estuve" se refiere más al deber cumplido que a la participación en un rito místico, ya que nada es más sospechoso que la mística para la mayor parte de los fieles). Y por la noche van al teatro con el mismo espíritu, con el mismo paso y con los mismos vestidos del domingo.

Aun se trata, en general, de una élite social, en principio culta. ¿A quién se dirigen esas grandes lecciones de amor mortal, esos gritos de locura, esas llamadas a la conciencia humana, si los que los escuchan sólo van a conservar un recuerdo de un buen o mal rato, la satisfacción de una curiosidad o el placer de haber empleado bien las dos horas que hubieran perdido (sic) tal sábado por la noche o en tal tren? ¿A quién se dirige, en definitiva, el intelectual?

En 1947, al hacer el "censo de su público" Sartre escribía que la situación del escritor nunca había sido tan paradójica: "En el activo, apariencias brillantes, posibilidades vastas, un tren de vida envidiable; en el pasivo, simplemente que la literatura está en trance de morir... En el instante en que descubrimos la importancia de la 'praxis', en el momento en que entrevemos lo que podría ser una literatura 'total', nuestro público se hunde y desaparece y no sabemos ya para quién escribimos". ¿Por qué? Porque el escritor está aprisionado entre la burguesía, que ya es únicamente "el hombre enfermo de Europa", y la clase obrera, encerrada en el cuadro estrecho del comunismo." La clase opresora ha perdido su ideología, vacila su conciencia de sí misma, sus límites ya no son claramente definibles, se abre y llama al escritor en su socorro. La clase oprimida enracimada en un partido, colgada de una ideología rigurosa, se convierte en una sociedad cerrada: no se puede comunicar con ella sin intermediario".⁴

Esta soledad del intelectual es un fenómeno tanto más curioso e injusto cuanto que su evolución se ha hecho (como lo prueban los ejemplos de Malraux, Koestler, Sartre) en un sentido cada vez más humano, cada vez menos abstracto. La distancia verdaderamente astronómica es también aquella que ahora separa la angustiada curiosidad, la humanidad encarnada y la desdichada conciencia de los intelectuales de la postguerra, de la cultura racionalista y aristocrática del siglo XIX. Uno de los fenómenos capitales de nuestra época es, sin duda, la evolución de la cultura racionalista y greco-latina, heredada del Renacimiento,

⁴ *Situations II*, págs. 267 y 271.

hacia una cultura simplemente "humana". La famosa transformación del "arte estético" en "arte comprometido", es también la transformación del humanismo en lo humano.

Volvamos, para dar un ejemplo, a la técnica de los novelistas del siglo XIX, tal como Sartre la analiza a través del procedimiento "tipo" del cuento de Maupassant. Una cita bastará para poder medir la distancia que separa esa concepción aristocrática de la de los intelectuales de hoy, de los mismos que rehusan ser "embarcados", en sentido pascaliano; "comprometidos", en sentido sartriano.

Sartre empieza por presentarnos, en el seno de la estructura inmutable de las novelas de Maupassant, al brillante auditorio reunido en un salón, después de cenar: "Es de noche, que todo lo anula, fatigas y pasiones. Duermen los oprimidos y también los rebeldes; el mundo reposa y la historia cobra aliento. Queda, en una burbuja de luz rodeada de nada, esta élite que vela, siempre ocupada en sus ceremonias... estos hombres y estas mujeres... se preocupan por conservar su cultura y sus formas y por reconocerse por los ritos de la galantería. Representan el orden en lo que éste tiene de más exquisito; la calma de la noche, el silencio de las pasiones, todo contribuye a simbolizar a la burguesía estabilizada de fin de siglo... Se presenta el narrador: es un hombre de edad que ha visto mucho, ha leído mucho y ha asimilado mucho, un profesional de la experiencia, médico, militar, artista o Don Juan... la historia que cuenta su donaire... la aventura es un breve desorden que se deshace. Es contada desde el punto de vista de la experiencia y la sabiduría; es escuchada desde el punto de vista del orden. El orden triunfa, está por todas partes y contempla un antiguo desorden abolido..."⁵

¿Dónde está nuestro orden? ¿Dónde están los desórdenes abolidos? Hace veinte años que se abolieron las torres de orgullo y de marfil. De Brasillach a Pasternak la diferencia es menos importante de lo que puede parecer a primera vista. El intelectual no es ya únicamente aquel que crea y sirve la idea. Se ha convertido en quien la encarna. "También es el que muere". Un hombre honrado del Segundo Imperio, un hombre de letras de 1910, un sabio de 1930, podían separarse de la vida corriente o de las orgías rojas de las revoluciones. No se sentían comprometidos por su inteligencia; podían ser inteligentes sin riesgo, sin imaginación e incluso sin pasión. Pero hoy el intelectual se siente comprometido, en cuerpo y alma, en la gran aventura humana. Su cultura no es un delicioso juego de ociosos. Su camino no es únicamente estético, ni psicológico, ni de entretenimiento. Es humano.

⁵ *Ibid.*, págs. 180-1.

Su filosofía no quiere ser ya una construcción del espíritu, sino un ensayo de responder a la angustia de existir.

Esta evolución se manifiesta en los polos extremos de la actividad intelectual y de dos maneras que parecen a primera vista radicalmente opuestas.

* * *

De un lado, la historia, la religión, la psicología, las civilizaciones, quieren encontrar de nuevo (o, mejor dicho, quieren buscar de nuevo) sus fuentes tradicionales, ocultas, inconscientes o cósmicas. Bien sea en el orden espiritual o en el orden especulativo, hay que reconocer que hemos llegado, como parece sugerir Paul Sérant,⁶ al punto de aquellos Fariseos a quienes se refieren las palabras de Cristo "Malditos séáis, doctores de la Ley, porque habéis robado las llaves del conocimiento". Y cuando me refiero al término inicial de conocimiento lo hago premeditadamente. Ya que no hay más que un conocimiento y se observan las mismas actitudes, de un lado en los intelectuales clásicos, que se preparan por tradición de casta o por curiosidad y, de otro, en los practicantes de tal o cual culto que ignoran las insondables riquezas de su propia fe. Apelación a la razón únicamente, respeto escrupuloso por los ritos sin buscar jamás sus fuentes, confianza incondicional otorgada a las tradiciones que las nuevas corrientes minan en su base; en resumen, comodidad intelectual o espiritual que se traduce en numerosos prejuicios y en una conciencia satisfecha. Mientras que en el mundo del espíritu, dos leyes son primordiales: la búsqueda de lo que se esconde detrás del aspecto formal y la evolución hacia una esfera de comprensión superior; una gran proporción de creyentes, de una parte, y de personas cultas, de la otra parte, quedan en el mismo estado de desenvolvimiento durante toda una vida.

Pero se avecina una evolución y ninguna disciplina está a salvo del mar de fondo que empieza a sacudir las sabias construcciones del mundo de la razón pura. Lo irracional recobra en la vida del espíritu el lugar que le había sido arrebatado por el racionalismo, el determinismo, el positivismo. Este fenómeno, a menudo desconocido, es tanto más importantes puesto que pone en tela de juicio aquellas conquistas del materialismo y del racionalismo que parecían más sólidas. "El mundo de la inteligencia clara, de la razón, de Descartes, no puede ser más que una clase de epifenómeno comparado con el mundo real,

⁶ *Au seuil de l'ésoterisme*, pág. 190.

con el verdadero mundo de la vida y del misterio" ha escrito Robert Aron, subrayando que la reaparición de la duda "en un dominio en el que desde hace tres siglos reinaba como dueña y señora la evidencia, constituye una revolución en la vida mental del hombre".⁷

Por otra parte, el intelectual contemporáneo, comprometido en la gran aventura humana, ha extendido sus dominios en todas direcciones, que había abandonado cuando sólo se consagraba a los placeres exquisitos de una élite; y hoy, toda su sensibilidad se apoya en el cuerpo dolorido de la humanidad. Tiene la aguda conciencia de su responsabilidad y nada humano le es ajeno; se siente identificado con los chinos o con los húngaros, según su convicción y su elección, y se siente responsable de los destinos de su país, cualquiera que sea su convicción o su elección.

Así, también en estos dominios, la inteligencia está en camino de volver a ser una sensibilidad. ¡Al mismo tiempo se ha convertido en una brecha abierta en el templo de la Idea, en una herida frontal en el mundo del espíritu! El intelectual ya no asegura nada; todo lo contrario. Si se ha hecho sospechoso es porque produce inquietud; y con esto llegamos al corazón del problema..

El intelectual inquieta porque duda de todo en una época en que todo el mundo añora precisamente los valores fijos y el arte apacible, como aquella señora que encontré después de la representación de una obra filosófica y que me dijo, muy decepcionada: "¡Ya no se puede venir al teatro a divertirse!" Pues bien, es cierto: el intelectual ya no se cree con derecho a "divertir" a su público en una época en que el placer de la "diversión" se desarrolla en razón inversa de los peligros que nos amenazan. El intelectual no está para adormecer las conciencias al ritmo de un poema, sino para despertarlas con un grito.

Hace ciento cincuenta años un cierto grupo de intelectuales había abandonado ya el dominio estético por el dominio filosófico. Desde entonces no ha dejado de extenderse hacia los dominios políticos y social. (No fue por casualidad que en tiempos del "Affaire", se llamaba "partido de los intelectuales" a los partidarios de Dreyfus). En la actualidad, ¿qué intelectual puede permanecer al margen de los problemas del mundo?

En cierto sentido, el hecho de plantear preguntas se ha convertido en su profesión, en su obsesión; y un intelectual tranquilo vendría a ser una especie de monstruo. Pero, ¿queda algún intelectual tranquilo? En este mundo dormido, que se cree inocente, los intelectuales son, indudablemente, los únicos que pueden cuidar del sentido de la historia,

⁷ *Ce que je crois*, págs. 82 y 90.

preguntarse acerca del porvenir, buscar, plantear las cuestiones de la "revisión desgarradora". Se comprende ahora por qué el intelectual pasa a menudo por destructor. *Y a veces lo es.*

Tomemos un ejemplo: ¿cómo podría, hace diez años la buena conciencia de un colonialista del antiguo régimen, acomodarse a la reversión de valores que implicaba el famoso artículo de Sartre sobre los poetas negros?: "El blanco ha gozado tres mil años del privilegio de ver sin que le vean: era la mirada pura, la luz de sus ojos sacaba a las cosas de sus sombras originales, la blancura de su piel era todavía una mirada condensada de luz. El hombre blanco, blanco porque era hombre, blanco como el día, blanco como la verdad, blanco como la virtud, iluminaba la creación como una antorcha, develaba la esencia secreta y blanca de los seres". Y, bruscamente, todo cambia, un continente entero proclama la mentira de "la *blancura* de la inocencia y de las *claridades* de la virtud". "El Ser es negro, el Ser es de fuego, nosotros somos accidentales y remotos, tenemos que justificar nuestras costumbres, nuestras técnicas, nuestra palidez de mal cocidos y nuestra civilización descolorida".⁸

¡Qué palabras más desagradables e inquietantes! ¡Qué malestar! ¡Qué deseo de apartar la vista del espejo que nos ofrece este aparente "deformador" profesional! Y sin embargo, puesto que su misión es la de buscar siempre la verdad y encontrarla en ocasiones, han bastado diez años para que el escándalo de un fragmento como el citado se apague. Hoy leemos sin sorpresa alguna, en un reportaje sobre el Mali independiente, ¡que sus habitantes son hermosos hasta el punto de causar complejo a los blancos!

De esta manera la ventaja del pensamiento sobre la vida, que señalaba Koestler, se traduce todavía de otro modo que el divorcio entre el espíritu y su tiempo. Es tal esa ventaja del pensamiento sobre la vida que puede unirse al porvenir. El esfuerzo gratuito de una investigación desinteresada da a ciertos hombres el poder mágico de adelantarse a lo futuro y de anunciar, abstractamente, sus realizaciones concretas.

La desintegración de las formas, en la pintura y en lenguaje, ha precedido al descubrimiento de la desintegración del átomo. El romanticismo y la revolución literaria precedieron a la Revolución social. El grito de "Los Hermanos Karamazov", "¿qué hombre no odia a su propio padre?" ha precedido en muchos años al descubrimiento científico del Complejo de Edipo, por Freud. El mundo loco creado por los "poetas malditos" puede verse ahora; basta con absorber una cierta dosis de cierto hongo alucinógeno para lograr las formas y los colores

⁸ *Situations*, III, págs. 229 y 232.

mórbidos. Y cuando Kafka escribía "El Proceso" no podía imaginarse que describía proféticamente el absurdo horror del sistema que pronto iba a considerar culpables a millones de inocentes y del cual hubiera sido, de haber vivido para ello, una de las víctimas. La pasión gratuita por excelencia, la de la inteligencia, se adelanta al porvenir por vocación. ¿Es una casualidad que el título "Orfeo Negro", dado por Sartre al artículo citado, sea el que encontramos diez años después en los anuncios de los cines?

Este plano sutil del "compromiso" que se reprocha a los intelectuales modernos se une a lo "gratuito" que había aparecido hasta ahora como condición en el arte. Y es profundamente injusto acusar al intelectual contemporáneo de sacrificar el segundo al primero; precisamente se deriva de estos imperativos. No puede negar lo gratuito del arte, esa "dimensión infinita del mundo", como dice Sartre.⁹ Allá donde se le condena —entre los artistas oficiales de la Unión Soviética, por ejemplo— queda condenado el arte mismo. Pero, ¿no es culpable de dimisión aquél que niega toda responsabilidad y reconstruye en torno a él una torre más sólida que el marfil? Un poeta alemán, pongamos por caso, que hubiera rehusado conceder importancia al régimen nazi desde el momento que no le impidiera seguir creando formas exquisitas, ¿no es, en cierto modo, responsable?

La verdad es que se trata de una discusión que tal vez no se resuelva nunca y que coloca al intelectual en una posición de "flecha", de "punta", eminentemente inestable. Sin buscar ejemplos en la Rusia Soviética o en la Alemania nazi, todos nosotros escuchamos a la gente reprochar a Sartre el hacer una obra "comprometida", mientras que otros reprochan a Camus su renuncia a las "posiciones atrincheradas". Otros, en fin (tal vez los mismos) reprochan a los pintores abstractos al compromiso (sin juego de palabras) con las inquietudes abstractas, por vías incomprensibles que, aparentemente, se burlan del público, de sus gustos y de sus placeres. La misma conciencia de los escritores está dividida. Y dos representantes de la novela joven, como Michel Butor y Allan Robbe-Grillet, pueden exponer ideas totalmente opuestas.

Para Robbe-Grillet, "La verdad es el arte" y la "progresión de la novela" se integra naturalmente en la progresión de la historia. Para Butor, lanzar una novela al mercado es un "acto" comparable al de lanzar una piedra a la calle: "El novelista que lanza así una obra a la sociedad debe preguntarse si esa obra contribuye al embrutecimiento de esa sociedad, a su propio embrutecimiento o a su ilustración".¹⁰

⁹ "Un fabricante gratuito del pensamiento creador", es una definición del intelectual citada por Philippe de Coninck". Los solitarios de Royaumont", en *Le XXe-siècle fédéraliste*, 15 de enero de 1960.

¹⁰ *L'Express*, "Le rôle de l'écrivain", 23 de julio de 1959.

Hay que reconocer que ser intelectual, en esas condiciones, es duro. No es una moda, ¡ay!, si tantos escritores tratan este tema central de maneras tan diferentes: el martirio del intelectual. Asesinado por los suyos, o irrecuperable por la acción o condenándose lúcidamente él mismo. "Manos sucias": Hugo está seguro de que su simpatía humana por Hoederer es más fuerte que el imperativo político. "El cero y el infinito": Rubachov se reconoce culpable, para servir por última vez, aunque sea en la burla de un proceso staliniano, a la causa a la que dedicó su existencia, "Los Mandarines": Henri Perron, Director de un periódico, ante un caso de conciencia mayor, ¿tal verdad debe o no debe decirse?, elige la verdad estrecha (la verdad peligrosa) y acaba por encontrarse completamente solo. "El Doctor Jivago": a través de las páginas de la desgarradora historia de un hombre, leemos la filigrana del intelectual-tipo: generoso y desilusionado y tan aislado que termina por morir así. "El exilio y el reino" de Camus: el profesor en África del Norte que ofrece la libertad a un argelino sospechoso, es víctima de un malentendido; los mismos amigos del sospechoso le descubren en el encerado de la clase —es significativa: "Pagarás".

Realmente todo esto no es nuevo. Me gusta la historia de aquel poeta-ministro japonés, en el siglo IX que, condenado al exilio injustamente, muere de pena. Reivindicado su nombre más tarde, llegó a ser, según creo, el patrón de los escritores. ¡Qué símbolo! Verdaderamente el espíritu está siempre de más. Sócrates bebió la cicuta. Galileo debió abjurar de rodillas de sus teorías heréticas. Antonio ordenó cortar las manos que escribieron las "Filípicas" a Cicerón asesinado, y a Fulvio le cortaron la lengua. Abelardo fue torturado. Descartés se refugió en un horno de Holanda. Voltaire conoció dos veces la Bastilla. Condorcet se suicidó. El filósofo griego, el hombre político de Roma, el monje de la Edad Media, el sabio del Renacimiento y tantos otros, aparecen como peligrosos. Pero ¿qué peligro encierran? En la sociedad griega era ridículo acusar a Sócrates de que corrompía a la juventud. ¡Y poco tiempo después de Galileo hubo que reconocer que la tierra giraba!

¿Qué peligro? Siempre el mismo realmente. Si el intelectual, "aquél que tiene por oficio la búsqueda de la verdad", es tanto más sospechoso si el régimen en que vive no es liberal, es porque es testigo de un pacto en perjuicio de tercero, total, siendo esa verdad consustancial con el espíritu y la libertad. Y a eso quiero llegar, ya que quien dispara contra el intelectual, dispara, en definitiva, contra el espíritu y contra la libertad.

Recordemos aquellas palabras terribles: "Cuando escucho la palabra espíritu, saco mi revólver"; el que las pronunció hubiera podido decir también: "Cuando escucho la palabra 'Libertad' . . .", puesto que

no hay que decir que nada es más libre que el espíritu. Y sólo el espíritu es libre. El espíritu es libre, ya se considere como tal un principio espiritual y místico o un principio preferentemente cerebral, intelectual, en el sentido corriente de la palabra. No es una mera coincidencia que una dictadura persiga al mismo tiempo la libertad espiritual y la religión, de una parte, y las libertades intelectuales y las políticas, de otra parte. "La República no tiene necesidad de sabios" dijo uno de los miembros de la Convención que condenó a muerte a Lavoisier. Tampoco tenía necesidad de poetas: Fabre d'Englatine subió al cadalso.

André Chenier, que no sólo fue el amable poeta de "Myrto" sino también un gran espíritu, tratando de mantenerse a mitad de camino entre los que él llamaba "bandidos de tacón rojo y bandidos blandiendo picas", daba una definición involuntaria y perfecta poco antes de su muerte, de aquellos a quienes podríamos llamar "intelectuales *avant-la-lettre*": "En estos tiempos de violencia se atreven a hablar de justicia; en estos tiempos de locura, se atreven a analizar..."

* * *

No, no es nuevo ver al espíritu perseguido. Pero lo que es nuevo es ver cómo la clase que tiene la misión de producirlo y alimentarlo, lo deja morir por negligencia o lo ataca. Hoy no se encuentra en una clase determinada la pasión intelectual, sino entre los aislados, que pertenecen a todos los medios, a todas las familias de espíritus. En el siglo XIX solamente la burguesía realizó lo que Sartre llama "las verdaderas conquistas burguesas: la universalidad de las leyes, la libertad de expresión, el habeas corpus". Pero cuando una clase ha conquistado sus libertades ya no tiene necesidad de una literatura activa para ayudarla o sostenerla. "En 1788 el 'tercer estado' comprendía aproximadamente el 98% de los franceses". Fue él quien hizo la Revolución, no porque fuera el único que tenía que pagar los impuestos, como se ha dicho, sino porque "moralmente" se sentía la clase oprimida, como lo demuestra el ejemplo de Voltaire. Resulta un poco ingrato, por parte de la burguesía contemporánea que tanto debe a los "grandes antepasados" —la dignidad, la fortuna y el liberalismo económico— romper las ligaduras con ellos. Todavía más lamentable y más peligroso es que no se acuerde de que si el Zar hubiera escuchado a Dostoievsky en lugar de enviarle a Siberia, o a Tolstoi, puede que no hubiese habido en Rusia una revolución sangrienta.

Y es que habiendo conquistado o conservado todo, la burguesía occidental no siente la necesidad de la libertad de pensamiento o de re-

flexión. Como ha dicho Koestler "Para el hombre feliz, pensar es un lujo; para el hombre que no tiene nada, es una necesidad". El bien que le falta a la burguesía occidental de nuestros días es, como ya sabemos, la seguridad absoluta y que no se le ocurra poner en tela de juicio la seguridad relativa que le permite sobrevivir.

Por eso un hombre medio, medianamente culto, medianamente inteligente, y honrado (pero por lo menos inteligente y culto), necesita un gran esfuerzo de voluntad para aceptar poner en marcha en sí mismo, el mecanismo propiamente intelectual de plantear las preguntas; sabe confusamente que se trata de un mecanismo que nunca se detiene una vez que se ha desencadenado. Un creyente necesita un gran esfuerzo para plantearse problemas de su religión y estudiar lealmente la historia, por ejemplo, de las herejías —de aquellos "reveladores" de la verdad— antes de ser víctima de una prueba que atañe a la "esencia" de su ser o de su fe. Hace falta un gran esfuerzo, para que una mujer dichosa se interese por la política internacional antes de que su hijo cumpla veinte años. Sí, la última seguridad que nos permite la época es la del avestruz y esa es la que amenaza a los intelectuales. Los intelectuales invierten los términos, se escapan de los grupos encuadrados y, como Casandra, parecen inventar los males que denuncian o desear los que profetizan. Y no se desconfía totalmente de ellos porque cada uno siente vagamente que los intelectuales son, en cierto modo, a su manera, humilde o soberbia, precisamente Casandra y Galileo. Profetas o precursores.

* * *

Y entonces ¿qué importa lo demás? ¿Qué importa que nuestras preferencias nos comprometan o nos pierdan?, ¿qué importa que los intelectuales a menudo sean, casi cómicamente, las primeras víctimas de su elección? Los otros, los que han rehusado el esfuerzo de plantearse la primera pregunta desgarradora, también ¡ay!, son las primeras víctimas de las grandes jornadas, de los apocalipsis y de los diluvios de los que no quisieron escuchar el eco precursor. Y así les sorprende, inocentes, inconscientes y asombrados, la avalancha de las mujeres de la Halle, en Versalles, la Revolución de 1917, en Moscú, la bomba atómica en Hiroshima, los hombres torpedo, en Pearl Harbor y, ayer, el Pacto de Bandoeng.

¿Se equivocan frecuentemente los intelectuales? Sí, pero porque han buscado y el que busca se equivoca; porque errar es propio del hombre, como lo demuestra la página rosa de los diccionarios. ¿No se-

ría mejor formar parte de aquellos que, en una evolución fatal, buscan el sentido de la historia y en un desastre previsto conservan su lucidez espiritual? Incluso si la tarea es entonces casi desesperada, sigue siendo humana, porque es consciente. ¿Y con qué derecho podemos afirmar a priori que es desesperada? Es verdad que todos nacemos "condenados a muerte", pero "en el mundo de la condena a muerte, que es el nuestro", dice precisamente Camus, "los artistas responden por aquello que rehusa morir en el hombre".